

PRESENTACIÓN

Cuando en 1989 nos integramos en la misión arqueológica que el IPOA había organizado en Siria, bajo la dirección del Prof. G. DEL OLMO LETE, no podíamos prever lo que en aquellas tierras, alejadas, creíamos entonces, de los centros neurálgicos del mundo romano, habríamos de encontrar. La orientación de la investigación arqueológica era y sigue siendo, pues no puede ser de otro modo, el estudio de la tierra en las etapas de las grandes culturas de los milenios IV-I a. C. Con esa finalidad estábamos excavando y del buen hacer de tales trabajos son prueba las dos memorias de excavaciones ya publicadas sobre el Tell Qara Qûzâq y las tres tesis doctorales ya leídas con base en tales trabajos.

La sorpresa la hallamos en 1993. Era el mes de junio cuando yo me sumé a los trabajos de la misión y antes de integrarme en las tareas ordinarias, quise satisfacer mi curiosidad sobre lo que serían aquellas cavernas que había como a un kilómetro de la sede de nuestra Misión Arqueológica, y que se me antojaban, en cuanto era posible enjuiciar, en el lastimoso estado de embarramiento y de plenitud de porquería en que se encontraban, digo que se me antojaban manufactas. Comencé por estudiar una de ellas: con cuatro obreros intenté limpiar la capa de aproximadamente 75 cm que cubría toda la base de la caverna, cosa que realizamos sin mucho esfuerzo y, una vez limpia, la caverna se manifestó gloriosa como una estructura con tres a modo de ábsides que daban al conjunto una apariencia de planta de cruz griega si la planta interior se complementaba con la entrada de la cueva como el cuarto brazo. En cada uno de los tres «brazos» interiores había aparte de una especie de hornacina en la pared del fondo, tres basas con un ligero reborde. Nos preguntamos si ese reborde era algo originario o podían los rebordes ser los restos de unas paredes de sarcófagos que hubieran sido excavados en la roca al tallar la cueva y que luego al ser destruidas esas paredes hubiera quedado sólo el pequeño reborde que aparecía visible. La pregunta no era ociosa porque en algunas de las cuevas-sepulturas que más adelante encontramos, lo que hallamos fueron las paredes de sarcófago en perfecto estado de conservación. De todas formas en aquella primera caverna que podíamos estudiar nos daba la impresión de que los cadáveres habían sido colocados en las plataformas sin sarcófago alguno. De momento no encontrábamos resto alguno que nos permitiera orientarnos acerca del uso, pero una revisión más a fondo de la cueva ya limpia nos permitió detectar

unos huecos que parecían naturales y al limpiarlos, en uno de ellos, situado en el ábside situado a mano izquierda según se entraba, apareció una pequeña y basta lucerna de tipología bizantina que podría ser datada en el siglo VI, y en el ábside central en otro hueco similar apareció un juego de tabas. Era clara, pues, la tipología de la cueva y su función funeraria.

Una vez limpia la primera cueva y dando por supuesto que la que había al lado de esta primera, de dimensiones similares y de apariencia idéntica había de ser considerada bajo los mismos parámetros, pedimos permiso a un vecino del lugar que empleaba para encerrar su cabra una pequeña cueva de apariencia ovular y de la que el interior era perfectamente invisible por estar absolutamente repleto de estiércol. El señor de la casa nos dio permiso entre curioso y divertido, no se si pensando el polvo que habríamos de tragar para tal limpieza o si regodeándose con la idea de que le íbamos a limpiar su cuadra, dejándonosela mucho más utilizable y con mayor cabida.

La limpieza fue un tormento porque el aire seco del verano, con el estiércol de cabra allí almacenado a lo largo de siglos, convertía el trabajo en algo difícilmente soportable. Por eso no llegamos a limpiar la pequeña caverna. Sólo hicimos una cata para comprobar la estructura del pequeño recinto, que, efectivamente, era de tipo ovular, pero con tres tumbas, una frente a la puerta de entrada y una a cada lado de la entrada, formando con la puerta un cuadrado perfecto, dentro del huevo. Y con un hueco mayor en el centro del suelo, en el que podían haber sido enterrados uno o más cadáveres.

Ello nos llevó al convencimiento de que en principio las cuevas aisladas habían de ser interpretadas como tumbas.

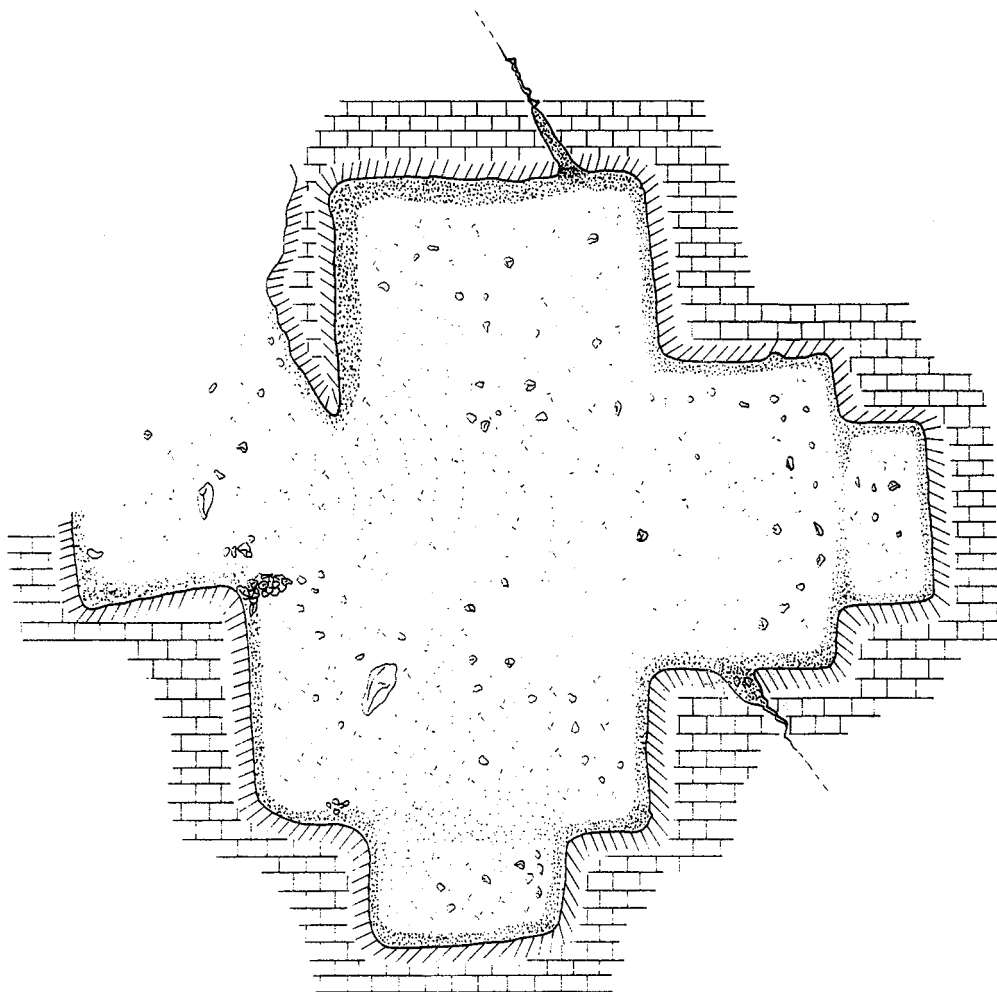
Comentando nuestra limpieza en el comedor de la excavación se interesaron por el tema tanto el guardián de la misión, Sr. °Abbās, como varios de sus múltiples hermanos y otros habitantes de la aldea. Y hablando, hablando... ellos comenzaron a informarnos sobre las numerosas «cuevas» que se abrían a ambos lados de la garganta del Éufrates, todo lo cual contribuyó a acrecentar nuestra curiosidad y nuestro interés por el tema de los hipogeos, que ya era muy grande desde hacía muchos años.

El primer «hallazgo» vino de la boca del guardián de la misión que el equipo francés de investigación prehistórica tiene junto a la tumba del sultán turco sepultado a la ribera del Éufrates unos quinientos metros al oeste de Qara Qûzâq. Este hombre amable y simpático como pocos, nos invitó a ir a visitarle al día siguiente y nos hizo bajar con él por el farallón que abre su cara hacia el oeste y cae casi en vertical sobre el remanso que allí forma el río y nos mostró un conjunto de más de cuarenta cuevas-sepulturas, muchas de las cuales conservaban todavía la piedra rodante que les servía de puerta y que daban la impresión de haber permanecido intactas hasta hacía pocas décadas. Una de ellas además tenía una inscripción siríaca que nos pareció interesantísima y que el Prof. Teixidor estudia también en este volumen.

Aquella visita nos hizo plantearnos muchos problemas nuevos acerca del urbanismo de Qara Qûzâq, asentamiento que ya Miss Bell había entrevisto como una ciudad bizantina. No había duda, en efecto, de que tal acumulación de tumbas cada una de ellas con capacidad para muchos cadáveres exigía un poblamiento que, necesariamente, había que suponer.

En tema comenzó a presentarse con ribetes oníricos cuando al pasar los días y gracias a los servicios informativos de nuestros buenos amigos de la aldea, pudimos ir comprobando que el fenómeno era de tal abundancia y magnitud que obligaba a cambiar nuestra visión de la zona, al menos para época romano-cristiana. Aprovechando los fines de semana pudimos ir haciendo una serie de comprobaciones de gran interés arqueológico que constituyen la base del presente

PLANTA HIPOGEO



Roca caliza excavada



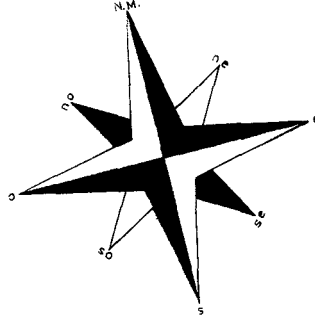
Arcilla de descalcificación



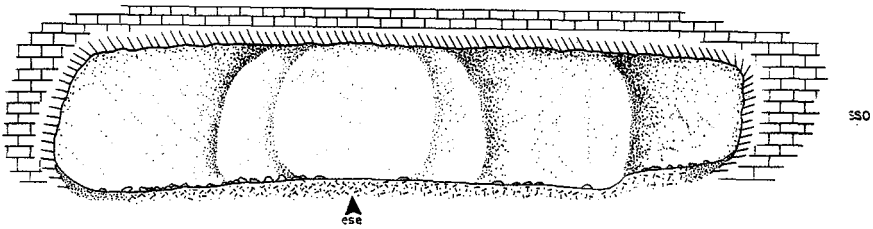
Manto detrítico con aportes procedentes del exterior e interior



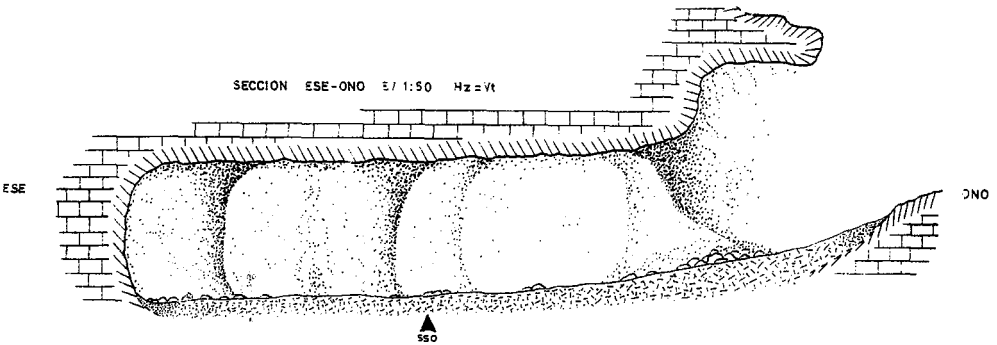
Fractura



SECCION NNE-SSO E / 1:50 H_z = Vt



SECCION ESE-ONO E / 1:50 H_z = Vt



volumen. Primero fueron cuevas-tumbas, de paso encontramos auténticas iglesias, como fue en el caso de *Magāratayin*, una cueva con doble entrada y con un interior completamente distinto en el que pudimos reconocer una estructura conventual, para un número no pequeño de religiosos. Las dos cuevas, cuyo nombre en dual es el que se emplea para designar a todo el poblado actual, que ha surgido en torno a tal estructura, sin duda debido a la abundancia de los niveles freáticos que llenan toda aquella suave pendiente.

Las excursiones dominicales llegaron al paroxismo de los descubrimientos el día que nuestros guías nos llevaron a un lugar de cuevas cuya magnitud y tipología monacal eran evidentes. Se trataba del convento de *Quinnešrīn*, del que quedan los restos en una cara del farallón este de

la desembocadura del río Sāyūr, en una extensión de aproximadamente un kilómetro y entre los que no sólo hay pozos artesanos de aspecto evidentemente bizantino, sino que hay al menos un par de iglesias claramente visibles, el claustro que hay junto a la mayor de ellas y finalmente la inscripción AKKIMIΣ que interpretamos como un monasterio de los monjes *acoimetas*, y de los que sabemos que su fundador S. Alejandro se educó en el Éufrates (y como algún día trataremos más pormenorizadamente, probablemente en este monasterio).

Hallamos más monasterios, alguno tan sugestivo como la iglesia-mezquita de Qal'at Naʿīm, a la también aludiremos repetidamente a lo largo de las páginas del presente libro. Otros tan extraños como el de Burtugali o como la gruta situada en el extremo superior del farallón que se eleva en la rivera izquierda de la desembocadura del Sāyūr.

Y poco a poco fuimos hallando más y más cosas, apenas sin esfuerzo y sin dedicarle más tiempo que los fines de semana de aquel bendito mes de junio que nos permitió contemplar y fotografiar todavía conservada la vía romana de la orilla derecha del Éufrates en toda esta zona, las necrópolis de todas las épocas que ocupan las cimas de todas las cumbres que rodean Qara Qûzâq, así como el campamento romano de *Caeciliana* del que también hablamos repetidamente aquí.

Desde aquel verano ha llovido mucho, pero hemos podido volver a prospeectar la zona una y más veces y hemos podido llegar a interesantes sugerencias para su interpretación. Hemos ido publicando algunos trabajos sobre el fenómeno rupestre en esos cincuenta kilómetros de curso del río Éufrates y nos hemos decidido a componer esta monografía, precisamente porque hemos ido comprobando que nuestros hallazgos eran sorprendentes para todos cuantos sabían de ellos. Nos ha sorprendido mucho que las más de cuarenta misiones arqueológicas que en la actualidad están excavando la tierra que será inundada muy pronto por hallarse ya terminada la presa del Tishrin, a pesar de su presencia a lo largo de años en la misma zona nuestra no se han dado cuenta de esta dimensión de la arqueología, que por otra parte cuesta poco de ver y no es imposible de prospeectar al compás mismo de las excavaciones de los tells que son el objetivo primordial de todos los orientistas.

Nosotros creemos haber hecho un buen trabajo en nuestras excavaciones de períodos orientales de la historia, como se acredita por las memorias de excavaciones citadas del Tell de Qara Qûzâq, así como por las tres tesis doctorales que se han leído sobre los temas de tales excavaciones: la del Dr. Juan Luis Montero Fenollos sobre los materiales de bronce de Qara Qûzâq, la de la Dra. Carmen Valdés sobre la cerámica del mismo yacimiento, y la del Dr. Gonzalo Matilla Séiquer sobre la excavación de Tell Jamīs. Y, como de propina, podemos aportar los resultados, que creemos espectaculares, de estas prospecciones llevadas a cabo en tiempos que hemos robado al necesario y merecido descanso de los largos meses de excavaciones en esos interesantes yacimientos.

Los horizontes que aquí abrimos no solamente tienen importancia para el estudio de la historia antigua de Siria y del Imperio Romano, sino que también aportan luz radiante para el reconocimiento de problemas de nuestra arqueología española, a algunos de los cuales aludimos también en este volumen y sobre los que volverá a correr abundante tinta en un próximo futuro.

ANTONINO GONZÁLEZ BLANCO